

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son también los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»¹ Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»² Dice á sus Discípulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»³ Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?⁴

1 Væ mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.¹

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un raptó de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviare. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)

mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»¹

¡Qué lenguaje! En dos palabras nos revela todo el secreto de la predestinación, de la verdadera santidad, del verdadero consuelo y de la más pura felicidad. ¿De qué modo? Revelándonos las dos principales cualidades del Corazón de Jesús: la *dulzura* y la *humildad*.

Para comprender este doble secreto, es preciso ser sencillo de entendimiento, sencillo de corazón. Para alcanzar esa paz divina y bienaventurada, es preciso ir á buscarla á su fuente, al Corazón de Jesús, de donde brotan la dulzura y la humildad.

¿Qué es la dulzura? La dulzura de Jesús, que debe ser nuestra dulzura, es un estado lleno de fuerza y de suavidad, que constituye al alma en un profundo y tranquilo amor á Dios; en una caridad del todo apacible y benévola hacia el prójimo, principalmente

¹ Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.... Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. (*Matth.* XI, 25-30.)

en medio de las contradicciones; y, en fin, en una paz purísima y profundísima consigo mismo.

La dulzura es la perfección de la bondad, de la misericordia y de la caridad. Es un aceite delicioso que destila del Corazón entreabierto de Jesús, y que viene á introducirse en todas las potencias de nuestra alma, mezclándose á nuestros pensamientos, nuestros juicios, nuestras palabras, nuestros afectos, nuestras obras diarias, grandes y pequeñas, para derramar en ellas no sé qué paz celestial, qué suavidad de amor, qué fuerza tranquila, gozosa y santificante.

Nada tan fuerte como la mansedumbre de Jesús en nuestro corazón: de todo triunfa, y domina en los corazones. «Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.»¹ «La tierra,» es decir, lo que no es el cielo, lo que es malo ó imperfecto, las voluntades rebeldes, en las que no reina Jesús. ¿Y qué medio hay para hacerle reinar en ellas? ¿Qué medio para hacerle reinar la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, *sicut in cœlo et in terra*? El mismo Salvador nos lo indica: es la dulzura de su sagrado Corazón.

La dulzura es la fuerza por excelencia. Todo movimiento de cólera es una debilidad. Cuanto más dulce sea uno, cuanto más verdadera y santamente

¹ Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (*Matth.* V, 4.)

manso de corazón, de espíritu, de tono, de lenguaje, tanto más fuerte será. La mansedumbre es la grande arma de los cristianos en medio de sus tribulaciones y de las contradicciones del mundo, temple nuestras alegrías conservándonos en la atmósfera de la paz y de la santidad, y preservándonos de la disipación; temple y santifica nuestra indignación en presencia del mal y de los malos, guardándonos de toda amargura, de toda pasión, de todo sentimiento humano y desordenado; y en fin endulza nuestras lágrimas, ya de sí tan amargas.

La mansedumbre nos eleva y mantiene en la atmósfera sobrehumana de esa paz de Dios, de la que dice San Pablo «que domina toda emoción, guardando nuestras inteligencias y nuestros corazones en Jesucristo.»¹ Es profunda, es á la vez grave y alegre, poderosa y tranquila, como el azul del cielo.

Esta encantadora y suave dulzura que emanaba del Corazón de Jesús, como la luz y el calor emanan del sol, impregnaba todos los pensamientos del Salvador, todas sus palabras y acciones. Hasta cuando se indignaba contra los fariseos, conservaba siempre este carácter celestial de paz y de dulzura. Nuestra indignación, aún en los casos que es más legítima, toma frecuentemente un celo duro y amargo. No así

¹ Pax Dei, quæ superat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. (*Philip. IV, 7.*)

la indignación de Jesús, porque partía de su Corazón divino, modelo de mansedumbre.

¡Oh dulzura del Corazón del Niño Jesús, que no responde sino con lágrimas y bendiciones á la ingratitud de Belén y á las persecuciones de Herodes!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús en Nazaret, que en la humillación del trabajo y en las privaciones de la pobreza santifica incesantemente á María y José, es la admiración de los Ángeles, y á todos nos da ejemplo de verdadera santidad!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús, que le hizo soportar durante tres años y medio la tosquedad de sus Apóstoles y Discípulos, que nada todavía comprendían de su doctrina, y á quienes debía mil veces explicárselo y repetírselo todo, y que aún después parecían no comprenderlo mejor que antes! ¡Sublime dulzura que le hizo soportar al traidor y sacrilego Judas! «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»¹ Dulzura que no le dejó un momento en su santa Pasión! Seguidle á presencia de Caifás, de Pilatos, de Herodes, de los verdugos, de los blasfemos del Calvario y de los ladrones que le insultan, y de sus labios no oiréis palabra alguna que no respire mansedumbre, paz, bondad! «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen,» tal es el grito de su Corazón; y este grito fué tan dulce y pe-

¹ Amice, ad quid venisti? . . . Osculo Filium hominis tradis? (*Matth. XXVI, 50; Luc. XXII, 48.*)

netrante, que convirtió á uno de los dos malhechores crucificados á sus lados.

¡Santa mansedumbre del Corazón de mi Jesús! ¡ah! en adelante reinad en mí como soberana durante toda mi vida; transformadme, cambiadme. Como aceite en el mecanismo de una pesada cerradura, vuestra dulzura, Jesús mansísimo, suavizará las asperezas de mi carácter; os hará reinar sobre mis primeros impulsos; os hará dueño de mi voluntad y de mis sentimientos; imprimirá su sello y vuestra celestial imagen hasta en mi rostro, en mi fisonomía y en todo mi exterior.

Entonces, y solamente entonces, me reconoceréis, oh santísima Virgen, por vuestro verdadero hijo, y veréis en mí á vuestro querido Jesús, caritativo, benévolo, manso y humilde de corazón.

XXXI

De la profundísima humildad del Corazón de Jesús

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Jesús no es solamente «manso de corazón, *mitis corde,*» es también «humilde de corazón, *humilis corde;*» tan perfectamente humilde como manso.

Podemos comprender la perfección de esta santa humildad considerando, primero, el anonadamiento de su Corazón en presencia de la grandeza y santi-

dad infinitas de Dios; luego sus sentimientos con relación á los honores y gloria del mundo; y por último, sus sentimientos con relación á las humillaciones, ultrajes y desprecios.

La santa humanidad del Hijo de Dios no ha perdido jamás de vista la majestad infinita de Dios que le daba la existencia y la vida, de la cual dependía totalmente y sin la cual nada era ni tenía. Esta clara visión de su nada como criatura, y del todo de Dios su Creador, á quien estaba hipostáticamente unida, la conservaba en una humildad incomparable. La humildad, en efecto, consiste ante todo en reconocer con alegría que Dios lo es todo en nosotros y fuera de nosotros, y que de nosotros mismos nada tenemos, nada somos, ni siquiera somos. «Yo soy El que es, y tú eres la que no es,» decía un día Jesús á santa Catalina de Sena. Esta verdad es la base de la adoración.

No lo olvidó jamás el Corazón santo de Jesús. Estaba delante de Dios como el que no es, y de aquí aquella sumisión absoluta, universal; aquella adoración incesante, aquellas alabanzas, aquella total entrega, aquellos deberes inefables de una Religión perfectísima. Además, como á pesar de su inocencia infinita el Salvador había tomado sobre sí todos los pecados de los hombres,¹ á fin de alcanzarles el perdón de ellos y expiarlos. Él mismo, se veía siempre,

¹ Peccata nostra sua esse voluit. (S. Aug.)

ante la justicia de Dios, como súbdito del pecado, como pecador universal: «Hízose por nosotros, dice San Pablo, objeto de maldición.»¹ Lo que es el pecado ante Dios, era Jesús á sus propios ojos. Aunque era Hijo de Dios, «no tenía en sí mismo ninguna complacencia.»² Siempre anonadado en su Corazón, primero ante la majestad y luego ante la santidad de Dios, era tan perfectamente humilde como perfectamente santo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón.»

¡Oh Jesús, qué ejemplo y qué lección! ¿Y me atreveré, yo pecador, yo miserable, á abandonarme todavía á las ilusiones de la vana complacencia! ¡Oh! no, jamás, mi divino Dueño! Como Vos, con Vos y por Vos quiero «permanecer en la verdad;» y no me dejaré seducir por el padre del orgullo, que «no supo permanecer en la verdad, *in veritate non stetit.*»³ Con vuestra gracia no olvidaré jamás que por mí mismo nada soy sino un miserable pecador; y el grito de mi corazón será en adelante el del publicano del Evangelio: «¡Señor, tened piedad de mí, pobre pecador!»⁴

El segundo signo y á la vez el segundo efecto de la humildad profundísima del Corazón de Jesús, es

1 Christus factus pro nobis maledictum. (*Galat.* III, 13.)

2 Christus non sibi placuit. (*Rom.* XI, 3.)

3 Joan. VIII, 44.

4 Deus, propitius esto mihi peccatori. (*Luc.* XVIII, 13.)

su absoluta aversión á la estima y á la gloria del mundo. Érale, sin duda, debida la gloria, porque es Dios en unidad del Padre y del Espíritu Santo; y cuando á su segunda venida se presente al mundo con toda la majestad de su gloria, los Ángeles y los hombres le adorarán con el rostro en tierra. Sí, pero en su primera venida vino á matar el orgullo que perdió al hombre; y reservando para más tarde la esplendorosa manifestación de su divinidad, nos muestra únicamente en su vida mortal lo que es el hombre pecador, lo que debe hacer, lo que debe querer, lo que debe evitar para «mantenerse en la verdad.»

Por esto, dando á Dios lo que sólo á Dios pertenece, el honor, la estimación, la soberanía, la majestad de la gloria y de las alabanzas, su santa humanidad rehusó todo esto como indebido á la nada y al pecador. Si alguna vez, como en el Tabor, el domingo de Ramos y después de sus principales milagros, tolera en torno de su persona cierto esplendor, no es por sí, sino por nosotros, para fortificar nuestra fe; y en ese esplendor reluce con mayor brillo su caritativa humildad.

¿Qué vienen á ser ante Jesús, tan humilde de corazón, mis miserables pretensiones á la estimación y á las alabanzas, mi sed de vanagloria y de triunfo, mis aspiraciones á brillar y ser aplaudido, mis ambiciosos deseos y todo ese absurdo cortejo de ilusiones y de vanidades, hijas todas del orgullo? Jesús manso y humilde, enseñadme la humildad, y apartad

mi pobre corazón de las perversas inclinaciones que le arrastran á la vanagloria.

Finalmente, la humildad del sagrado Corazón de Jesús se nos manifiesta por el amor que la justicia y la verdad le inspiraban al silencio, á la vida oscura, á los desprecios, á los ultrajes y todas las humillaciones que brillan en torno de su pesebre y de su cruz.

Recordad las humillaciones de todo género que nuestro adorabilísimo Salvador quiso sufrir: en su Encarnación, cuando su infinita grandeza se rebajó hasta tomar la forma de un pobre niño, de un humilde esclavo, encerrado en el seno de su criatura, y recibiendo de ella la vida; en su nacimiento, en medio de la pobreza y de la miseria; en toda su infancia, perseguido, desterrado y despreciado por los hombres; en su adolescencia y en aquella larga oscuridad de Nazaret, pasadas en un grosero trabajo y en el más humilde silencio; en su vida pública, en su penitencia en el desierto, en sus ayunos, en sus predicaciones, objeto siempre de las calumnias y persecuciones de los judíos; y finalmente, en su dolorosa Pasión, en la que fué atormentado por los demonios y por los hombres, abofeteado, escupido, tratado como un blasfemo y como un loco, escarnecido por todo su pueblo, condenado á muerte y clavado en cruz como el peor de los malhechores. ¡Qué humillaciones, qué profundo anonadamiento! ¡Y era Dios!

Su adorable Corazón las aceptó con gozo, porque

eran debidas al pecador universal, al pecador de los pecadores. Mis pecados merecían todos esos golpes; y Él llevaba todos mis pecados.

¡Y qué de abatimientos, oh Jesús, en vuestro sepulcro, donde ya no érais más que un cadáver; en vuestra Eucaristía, donde velando vuestros eternos esplendores bajo las especies sacramentales, tanto os anonadais por mí y os exponéis á todos los sacrilegios y ultrajes que hace diez y ocho siglos han manchado vuestro tabernáculo; en vuestra Iglesia, tan desconocida; en vuestros Mártires y en vuestros miembros odiados y perseguidos! Pues bien, tantas humillaciones Jesús ha querido sufrirlas todas, las ha amado todas.

¡Y yo, pecador, yo las temo como el fuego, y huyo de ellas con todas las fuerzas de mi amor propio y de mi ceguedad! ¡Cuán diferente es mi corazón del Corazón de mi divino Maestro, abismado voluntaria y gozosamente en las ignominias que reparaban el deshonor que á su Padre harían mis pecados; que me libraban de las eternas confusiones del infierno; que me merecían las glorias del Paraíso; que eran remedio divino y omnipotente de mi detestable orgullo, principio de todos mis pecados; que me traían del cielo la santa humildad, fundamento de todas las virtudes.

Corazón de Jesús, modelo y origen de la humildad, os adoro, os amo y me consagro á Vos para siempre. Humildísima y dulcísima Virgen María

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

XXXII

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mío, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»¹

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»² Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (*Matth. XVIII, 2-6.*)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei. . . . Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (*Marc. X, 13-17.*)